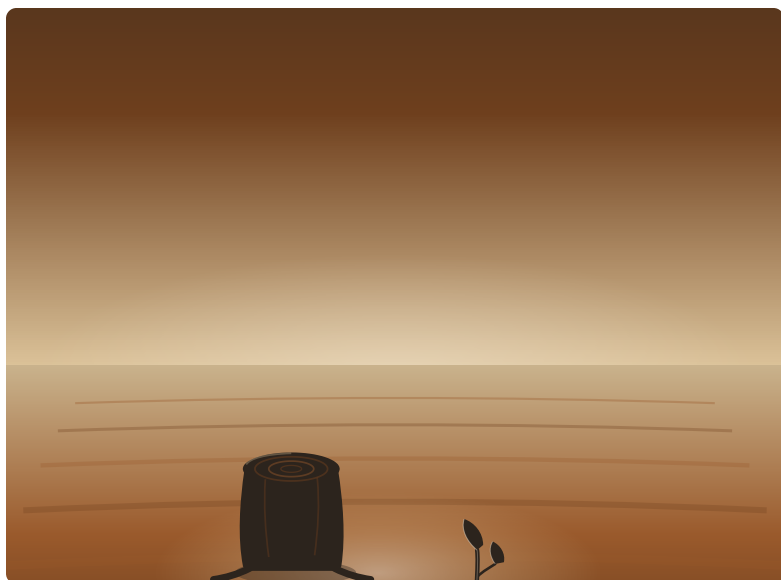




LIBRO SEMANAL — GODLIVES

Volver a empezar tarde

*El tiempo que crees perdido, y lo que todavía
puedes sembrar en él*

Escrito por José Martínez · Potenciado con IA

DEDICATORIA

A quien apaga la luz del celular a las tres de la mañana, después de haber hecho otra vez la misma cuenta: cuántos años se fueron, cuántos quedan probablemente, y si todavía vale la pena empezar algo con los que quedan.

Este libro no te va a decir que sí a todo. Pero se sienta contigo un rato a hacer la cuenta de nuevo, con más calma de la que tienes tú solo a esa hora.



José.

«Volver a empezar tarde»

Libro semanal de Godlives

El tiempo que crees perdido, y lo que todavía puedes sembrar en él.

Escrito por José Martínez · Potenciado con IA.

Edición para lectura digital (EPUB / celular) e impresión bajo demanda.

Todos los derechos reservados.

Contenido

1. Prólogo

2. Carta al lector

3. Capítulo 1 — Contar los días antes de pedir más

4. Capítulo 2 — Hay un tiempo para todo, no todos los tiempos son el tuyo

5. Capítulo 3 — El llamado a los ochenta

6. Capítulo 4 — El jornal no se mide por las horas trabajadas

7. Capítulo 5 — La tierra vuelve a dar fruto, aunque los años no vuelvan

8. Un paso: cinco minutos, una semilla, sin garantía de árbol

9. Palabra de cierre

10. Oración

11. Antes de cerrar el libro

12. Bibliografía y fuentes

Prólogo

Tienes cuarenta, cincuenta, sesenta años. O estás cerca. Y en algún momento —quizás anoche, quizás cada noche— comparaste la vida que tienes con la que imaginaste a los veinte, y la que tienes salió perdiendo.

No voy a decirte que esa comparación es injusta y dejarlo ahí, como si con nombrarla se resolviera. Sí es injusta —comparar treinta años de vida real, con sus enfermedades y sus hijos y sus facturas, contra un boceto de veintidós años que nunca tuvo que sostener nada— pero eso no impide que la sigas haciendo cada noche que te falta el sueño. Nombrar una trampa no te saca de ella. Solo te ayuda a reconocerla la próxima vez que caes.

Este libro tampoco te va a decir que todavía puedes tenerlo todo. No es un libro de reinención a los cincuenta, ni de “tu mejor versión”, ni de segundas oportunidades garantizadas. Hay puertas que de verdad se cerraron: el hijo que no llegó, el negocio que quebró sin que hicieras nada mal, el cuerpo que ya no responde como antes, los años exactos que no vuelven porque ya se fueron. Decirte lo contrario no sería esperanza. Sería mentira con música de fondo, y tú ya llevas suficientes años para reconocer esa música apenas suena.

Lo que este libro sí puede ofrecerte es algo más pequeño y, creo, más cierto: cinco historias de personas que llegaron tarde a algo —dos de ellas sin el final que buscaban— y cinco palabras muy antiguas que, leídas completas y no en el fragmento que circula suelto, dicen algo parecido: todavía se puede sembrar, aunque quizás no veas el árbol.

No es una promesa de cosecha. Es un permiso para seguir con la pala en la mano.



José Martínez

Carta al lector

Antes de seguir, quiero decirte de qué trata este libro y de qué no.

No trata de “nunca es tarde”. Esa frase, dicha así, sin matiz, es falsa para muchas cosas de tu vida, y tú lo sabes mejor que nadie que te la diga desde afuera. Hay tiempo que efectivamente no vuelve. Lo que este libro sostiene es otra cosa, más modesta: que el tiempo que te queda —sea el que sea, y solo tú sabes cuánto sientes que es— todavía puede recibir algo sembrado en él, aunque no sea lo que soñaste a los veinte, y aunque no llegues a ver crecer del todo lo que siembres.

Vas a leer cinco historias reales. Te lo digo desde ya para que no te agarre por sorpresa: no todas terminan bien. Dos de ellas terminan exactamente como sus protagonistas no querían. No las escogí para deprimirte, sino porque un libro sobre empezar tarde lleno solamente de finales felices te dejaría sintiéndote peor por no ser uno de ellos —y esa no es la compañía que quiero hacerte esta noche.

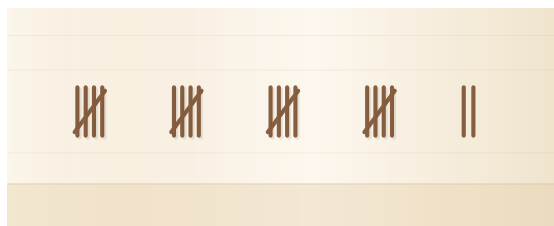
Junto a cada historia hay una palabra antigua, citada completa y en su contexto, no en el fragmento que la cultura motivacional suele recortar para que diga lo que a ella le conviene. Vas a notar que ninguna de las cinco te promete que todo lo postergado va a llegar. Todas, sin excepción, te ofrecen algo distinto: sabiduría para lo que queda, no garantía de lo que falta.

ANTES DE EMPEZAR

Este libro habla del tiempo que sientes perdido, de comparar la vida que imaginaste con la que tienes, y de las puertas que ya no se van a abrir. Quiere acompañarte, no resolverte la vida en quince páginas.

Si al leerlo reconoces en ti una tristeza o un vacío que no se va casi ningún día desde hace semanas, si perdiste el interés por casi todo, o si en algún momento aparecieron pensamientos de no querer seguir viviendo —este libro no es suficiente, y está bien que no lo sea. Buscar ayuda profesional no es falta de fe ni de fortaleza. Es exactamente el tipo de cuidado que este libro quiere para ti. Más adelante, en el capítulo 5, vuelvo sobre esto con más detalle, porque es importante y no quiero decirlo solo una vez, de pasada.

Vamos, entonces. Sin apuro, y sin fingir que sé cómo va a terminar tu historia.



CAPÍTULO 1

Contar los días antes de pedir más

¿Alguna vez hiciste la cuenta de verdad —no como ejercicio existencial, sino sentado en la cama, a solas, con el celular en la mano— de cuántos años buenos te quedan probablemente por delante? No los años totales. Los buenos: los que todavía tendrás fuerzas, cabeza clara, gente cerca. Casi nadie hace esa cuenta en voz alta. Pero casi todos, pasados los cuarenta, la han hecho al menos una vez, de madrugada, sin querer.

Roberto Bolaño la hizo, con la precisión fría de alguien que saca cuentas de verdad.

Nació en Santiago de Chile en 1953, vivió como poeta pobre e itinerante entre México y Cataluña durante casi dos décadas —vigilante nocturno de un camping, entre otros oficios—, y pasados los cuarenta años empezó a escribir novelas, en buena parte porque la poesía no daba para mantener a su esposa y sus dos hijos. *Los detectives salvajes*, la novela que lo consagra, se publica en 1998, cuando tiene cuarenta y cinco años. En sus últimos años de vida, ya con una carrera literaria en ascenso, le diagnosticaron una enfermedad hepática grave y quedó en lista de espera para un trasplante que nunca llegó a tiempo.

Y aquí está lo que quiero que veas de cerca, porque es el corazón de este primer capítulo: sabiendo que el tiempo se le acababa, Bolaño no escribió más despacio ni se dedicó a saldar cuentas simbólicas. Hizo, según cuenta su editor Jorge Herralde, un cálculo muy concreto: decidió que su última novela, *2666*, se publicara en varios volúmenes independientes a lo largo de los años, para asegurar ingresos sostenidos a su familia después de su muerte. Murió el 15 de julio de 2003, a los cincuenta años, sin el trasplante. Sus herederos, junto a Herralde, decidieron publicar *2666* en un solo volumen —no en cinco, como él había planeado— porque valía más así como obra completa. La fama mundial que tanto necesitó en vida para sostener a los suyos le llegó, sobre todo, después de muerto: llegó a millones de lectores que empezaron a leerlo cuando él ya no estaba para saberlo.

No hay final feliz aquí. No hay trasplante de último minuto, no hay “y entonces todo tuvo sentido”. Lo que hay es alguien que, al saber cuánto tiempo le quedaba, usó ese conocimiento no para desesperarse ni para negarlo, sino para pensar con una lucidez muy poco romántica en quienes iban a seguir vivos después de él.

Hay un salmo, el único atribuido explícitamente a Moisés, que pide exactamente esa clase de lucidez. Es una meditación colectiva sobre la fragilidad humana, puesta probablemente en boca de una generación que pasó cuarenta años en el desierto sin llegar a ver la tierra que le habían prometido. El salmo no endulza nada:

“Algunos llegamos hasta los setenta años, quizás alcancemos hasta los ochenta, si las fuerzas nos acompañan. Tantos años de vida, sin embargo, solo traen pesadas cargas y calamidades: pronto pasan, y con ellos pasamos nosotros. [...] Enséñanos a contar bien nuestros días, para que nuestro corazón adquiera sabiduría. [...] Que el favor del Señor nuestro Dios esté sobre nosotros. Confirma en nosotros la obra de nuestras manos; sí, confirma la obra de nuestras manos.” (Salmos 90:10-12,17, NVI)

Fíjate en lo que pide y en lo que no pide. No pide más años. Pide sabiduría para contar bien los que hay. Y cierra con algo muy concreto: que lo que se hace con las manos, ahora, tenga permanencia —no que alcance el tiempo para hacerlo todo, sino que lo que sí se alcance a hacer, quede.

No creo que este capítulo deba dejarte con ganas de calcular cuántos años te faltan como quien revisa una cuenta bancaria en rojo. Creo que debe dejarte con otra pregunta, más útil: si contaras hoy, con esta misma honestidad sin adorno, ¿en qué usarías el tiempo que sí tienes por delante, en vez de seguir midiéndolo contra el que ya no tienes?

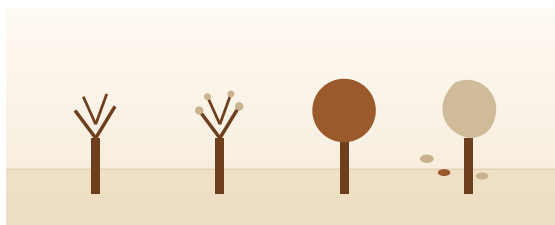
*Contar los días no es apurar la vida: es dejar de vivir
como si sobrara tiempo que no tienes.*

LA PALABRA

Salmos 90:10-12,17 (NVI)

PARA PENSAR, SIN APURO

- Si contaras hoy, con honestidad, cuántos años buenos te quedan probablemente por delante, ¿cambiaría en algo cómo usas esta semana?
 - ¿Qué le dirías a la persona que fuiste a los veinte, sobre el tiempo, que ella todavía no sabía y que hoy tú sí sabes?
-



CAPÍTULO 2

Hay un tiempo para todo, no todos los tiempos son el tuyo

¿Alguna vez sentiste que “desististe” de algo, y cargaste esa palabra —desistir— como si fuera sinónimo de fracasar? Quiero que sepas, antes de seguir, que hay un libro entero de la Biblia dedicado a decirte que no es lo mismo.

Priscilla Sitienei, a quien todos en su pueblo llamaban “Gogo” —abuela, en kalenjin—, trabajó como partera tradicional durante décadas en Ndalat, en el valle del Rift, en Kenia. Nunca fue a la escuela de niña: no era una opción para ella entonces. En 2010, con alrededor de noventa años, se matriculó en la escuela primaria de su pueblo, en el mismo salón donde estudiaban algunos de sus propios tataranietos. Aprendía matemáticas, inglés, educación física, canto, sentada en un pupitre pensado para niños de seis años.

No hay una escena de cierre bonita en esta historia. Las fuentes ni siquiera coinciden en la edad que tenía cuando murió, en noviembre de 2022 —unas dicen noventa y nueve, otras cien—, y tampoco hay confirmación de que llegara a leer con soltura antes de morir. Lo que sí es seguro, porque está documentado durante más de una década de cobertura periodística, es que persistió. Más de diez años sentada entre niños, aprendiendo lo que nunca pudo aprender de joven, sin que nadie —ni siquiera ella misma, probablemente— supiera si iba a “terminar” el proceso.

Hay un libro de la Biblia, el más honesto de todos con la palabra “vanidad”, que describe exactamente esta clase de incertidumbre. Es un poema sobre los tiempos de la vida —catorce pares de opuestos: nacer y morir, plantar y arrancar, buscar y desistir— seguido de una frase que no suaviza nada:

“Todo tiene su momento oportuno; hay un tiempo para todo lo que se hace bajo el cielo: un tiempo para nacer, y un tiempo para morir; un tiempo para plantar, y un tiempo para cosechar [...] un tiempo para intentar, y un tiempo para desistir [...] Dios hizo todo hermoso en su momento, y puso en la mente humana el sentido del tiempo, aun cuando el hombre no alcanza a comprender la obra que Dios realiza de principio a fin. [...] ¿quién lo traerá para que vea lo que sucederá después de él?” (Eclesiastés 3:1-2,4,6,11,22, NVI)

Nota algo con cuidado: el texto no dice que a ti te va a tocar, en algún momento, cada uno de esos tiempos que deseas. Describe la existencia humana en general, no un calendario personal garantizado. Y el último verso, el que cierra el capítulo, es más duro que consolador si lo lees de frente: nadie ve lo que pasa después de su propio esfuerzo. No hay promesa de que verás el fruto de lo que siembres ahora. Solo hay permiso —el más importante de este capítulo— para plantarlo de todos modos.

Y “desistir” también aparece en la lista, sin condena. No es la excepción vergonzosa entre “nacer” y “morir” y “plantar” y “cosechar”. Es un tiempo tan legítimo como los demás. Si hay algo que dejaste, que soltaste, que ya no persigues —quizás no fue debilidad. Quizás fue, simplemente, que ese tiempo, para eso, ya había pasado.

Gogo Sitienei no sabía, sentada en ese pupitre a los noventa años, si iba a llegar a leer bien del todo. Se sentó de todos modos, más de diez años, entre su propia descendencia. Eso —sentarse sin la garantía del resultado— es quizás lo más cercano que hay, en una vida real, a lo que dice Eclesiastés 3:22.

No todo lo que se sembró se alcanza a cosechar. Y aun así, sembrarlo tuvo sentido.

LA PALABRA

Eclesiastés 3:1-2,4,6,11,22 (NVI)

PARA PENSAR, SIN APURO

- Ese tiempo que sientes perdido, ¿estuvo realmente vacío, o estuvo lleno de algo que hoy todavía no sabes cómo nombrar?
 - ¿Hay algo que empezaste, sabiendo que quizás no lo vas a terminar del todo, y que aun así vale la pena seguir sosteniendo?
-



CAPÍTULO 3

El llamado a los ochenta

¿Cuál es, siendo honesto contigo mismo, la puerta que sabes que ya no va a abrirse? No la que todavía dudas. La que ya sabes, en el fondo, que se cerró de verdad.

Moisés aparece en el relato bíblico como adulto joven en Egipto: mata a un hombre que maltrataba a un hebreo, es descubierto, huye por miedo a Faraón, y se instala en Madián como pastor del rebaño de su suegro. El propio texto bíblico, cruzando datos de Éxodo y de Hechos, permite calcular su edad con precisión: tenía cuarenta años cuando huyó, y pasó otros cuarenta como pastor en el anonimato antes de que le hablara Dios. Ochenta años tenía Moisés cuando por fin volvió a Egipto a hablar con el faraón.

De esos cuarenta años de pastoreo, la Escritura no cuenta nada. Ni un versículo. No los presenta como preparación secreta ni como tiempo perdido: simplemente pasa sobre ellos en silencio. Se casó, tuvo un hijo al que llamó Guersón —nombre que en hebreo evoca “forastero allí”—, y siguió cuidando ovejas que no eran suyas. Nada en el texto sugiere que Moisés sintiera esos años como una espera con sentido. Todo sugiere, más bien, resignación.

Y entonces, un día cualquiera, cuidando el rebaño en el monte Horeb:

“El ángel del SEÑOR se le apareció entre las llamas de una zarza ardiente. [...] Cuando el SEÑOR vio que Moisés se acercaba a mirar, lo llamó desde la zarza: «¡Moisés, Moisés!». [...] Yo soy el Dios de tu padre. Soy el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob. [...] Voy a enviarte al faraón para que saques de Egipto a los israelitas, que son mi pueblo. Pero Moisés le dijo a Dios: —¿Y quién soy yo para presentarme ante el faraón y sacar de Egipto a los israelitas?» (Éxodo 3:1-2,4-6,10-11, NVI)

Quiero ser cuidadoso con esta historia, porque es fácil contarla mal. No dice que Dios estuviera preparando a Moisés en secreto todos esos años para su gran misión: el texto no lo explica así, y leerlo de ese modo convierte cuatro décadas de vida real —con matrimonio, con hijo, con trabajo ajeno— en un simple trámite hacia otra cosa, y les quita el peso que tuvieron por sí mismas. Lo único que el texto constata, con toda la sobriedad del mundo, es que el llamado llegó tarde y fue real. Y que la primera respuesta de Moisés no fue entusiasmo, sino duda: “¿y quién soy yo?”

Ahora quiero contarte la otra mitad de esta historia, porque contar solo una parte sería mentirte por omisión.

En 1961, trece mujeres piloto pasaron, en un programa privado, las mismas pruebas físicas y psicológicas que la NASA les aplicaba a sus astronautas hombres. Se las conoció después como las “Mercury 13”. Ninguna voló entonces: un año después, ante el Congreso de Estados Unidos, el astronauta John Glenn testificó que dejarlas volar “rompería el orden social establecido”, y el programa espacial siguió siendo exclusivamente masculino durante otras dos décadas.

Jerrie Cobb fue la primera en completar esas pruebas, y quedó entre el dos por ciento más alto de todos los evaluados, hombres incluidos. En 1998, cuando la NASA anunció que el senador John Glenn —ya con setenta y siete años— volaría de nuevo al espacio como parte de un estudio sobre el envejecimiento, Cobb encabezó una campaña para que a ella, ya mayor también, se le permitiera lo mismo. Se reunió con la Casa Blanca, con diez legisladores, y finalmente con el propio Glenn, a quien no veía desde 1962. El encuentro fue cordial. Glenn no la respaldó. Le negaron el vuelo. Cobb murió en 2019, a los ochenta y ocho años, sin haber ido nunca al espacio —después de haber pasado más de cincuenta años como piloto misionera en la selva amazónica, un trabajo que empezó por su propio valor, no como premio de consolación.

Wally Funk, la más joven de las Mercury 13 en 1961, pasó el resto de su vida como instructora de vuelo, sin dejar nunca de intentar llegar al espacio por otras vías. El 20 de julio de 2021, sesenta años después de aprobar aquellas pruebas, voló por fin: a los ochenta y dos años, en un vuelo suborbital de Blue Origin, se convirtió en la persona de mayor edad en llegar al espacio hasta ese momento —un récord que perdería tres meses después—. Al bajar dijo: “Quiero volver a hacerlo. Rápido.” Murió en julio de 2026, en su casa de Texas, a los ochenta y siete años.

La misma prueba. El mismo año. El mismo mérito demostrado por ambas. Y sesenta años después, a una la llamaron y a la otra no.

No te cuento esto para que pienses que si esperas lo suficiente, tarde o temprano te llega tu zarza ardiente. Te lo cuento porque sería mentira contarte solo a Wally Funk y quedarme callado sobre Jerrie Cobb. Un llamado tardío es real —le pasó a Moisés, a los ochenta, después de cuarenta años de silencio; le pasó a Wally Funk, a los ochenta y dos, después de sesenta— y también es real que a alguien igual de preparada, igual de merecedora, no le llega igual. Las dos cosas son ciertas al mismo tiempo, y este libro no te va a mentir escondiéndote la segunda para que la primera te consuele más fácil.

*Un llamado tardío es real. Que no llegue igual para todos,
también lo es.*

LA PALABRA

Éxodo 3:1-2,4-6,10-11 (NVI)

PARA PENSAR, SIN APURO

- ¿Cuál es, siendo honesto, la puerta que sabes que ya no va a abrirse?
 - Si esa puerta no se abre nunca, ¿qué otra cosa —empezada por su propio valor, no como sustituto de lo que perdiste— podría sostener los años que te quedan?
-



CAPÍTULO 4

El jornal no se mide por las horas trabajadas

¿A quién comparas tu vida cuando te sientes peor contigo mismo? No hace falta que lo digas en voz alta. Solo quiero que lo tengas presente mientras lees esto, porque de eso trata exactamente este capítulo: no de llegar, sino de la envidia silenciosa que sentimos por quien ya llegó.

Jesús contó una parábola difícil de digerir para cualquiera con sentido de la justicia laboral. Un propietario contrata obreros para su viña a distintas horas del día: unos al amanecer, otros a media mañana, otros al mediodía, y los últimos apenas una hora antes de que termine la jornada. Al pagar, todos reciben lo mismo: un denario, el salario de un día completo. Los que empezaron temprano protestan, no porque reciban menos de lo pactado —el dueño se lo aclara: nadie les incumplió el trato— sino porque los últimos reciben igual habiendo trabajado mucho menos.

“Así mismo el reino de los cielos se parece a un propietario que salió de madrugada a contratar obreros para su viñedo. [...] Alrededor de las cinco de la tarde, salió y encontró a otros más que estaban sin trabajo. Les preguntó: «¿Por qué han estado aquí desocupados todo el día?». «Porque nadie nos ha contratado», contestaron. Él les dijo: «Vayan también ustedes a trabajar en mi viñedo». [...] Pero cada uno de ellos recibió también la paga de un día. [...] Pero él le contestó a uno de ellos: «Amigo, no estoy cometiendo ninguna injusticia contigo. ¿Acaso no aceptaste trabajar por esa paga? Tómala y vete. Quiero darle al último obrero contratado lo mismo que te di a ti. ¿Es que no tengo derecho a hacer lo que quiera con mi dinero? ¿O te da envidia de que yo sea generoso?». Así que los últimos serán primeros, y los primeros, últimos.”
(Mateo 20:1-2,6-7,9-10,13-16, NVI)

Quiero ser preciso con lo que esta parábola promete y lo que no. No promete que quien empieza tarde en un oficio, un proyecto o una vocación va a alcanzar los mismos resultados, el mismo reconocimiento, la misma trayectoria que quien lleva toda la vida en eso. El denario, en la historia, no es una imagen de éxito profesional equivalente. Es una imagen de ser recibido por entero. La pregunta final del dueño —“¿te da envidia de que yo sea generoso?”— es la clave de todo el pasaje: la resistencia a esta lógica no nace de haber recibido de menos, sino de comparar la propia historia con la de otro.

Giuseppe Paternò nació en Palermo en 1923, en una familia numerosa y pobre. Aunque tenía buenas notas de niño, su padre decidió que trabajara en vez de seguir estudiando. Pasó su vida laboral en los ferrocarriles estatales italianos. En 2017, a los noventa y cuatro años, se matriculó en la carrera de Estudios Históricos y Filosóficos de la Universidad de Palermo, convirtiéndose en el estudiante universitario de mayor edad de Italia. En julio de 2020, con noventa y siete años, se graduó con la nota máxima —ciento diez sobre ciento diez, con mención de honor— y recibió, según la cobertura de prensa, los mismos aplausos, la misma toga, el mismo reconocimiento que cualquier otro graduando de veinte años sentado a su lado. No se detuvo ahí: en julio de 2022, a los noventa y nueve años, obtuvo también una maestría, con la misma nota máxima. Murió cuatro meses después, el 28 de noviembre de 2022. El rector de la universidad lo describió como “un ejemplo para todas las generaciones”.

Nadie le dio a Paternò un título de segunda categoría por la edad. Recibió exactamente lo mismo que sus compañeros de dieciocho años. Y quiero que notes también lo otro, porque es igual de importante: murió cuatro meses después de su último logro, con el tiempo que le quedaba, no con años de sobra. La plenitud de haber sido recibido por completo no le compró más tiempo. Fueron, las dos cosas, verdad al mismo tiempo.

Este capítulo no te promete que vas a llegar tan lejos como quien empezó a los veinte. Te promete algo más pequeño y, si lo piensas bien, más difícil de creer cuando uno lleva años comparándose: que empezar tarde no te vuelve menos recibido, menos válido, menos contado en lo que de verdad importa.

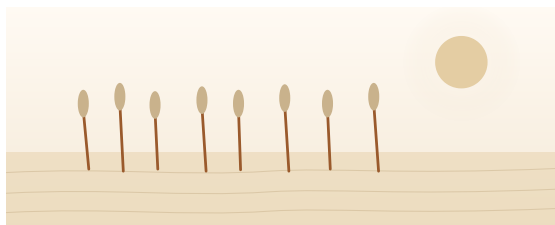
No se te mide por cuánto llevas en el camino, sino por si fuiste recibido entero al llegar.

LA PALABRA

Mateo 20:1-2,6-7,9-10,13-16 (NVI)

PARA PENSAR, SIN APURO

- ¿A quién comparas tu vida cuando te sientes peor contigo mismo? ¿Qué pasaría si dejaras de medirte contra esa persona, aunque sea por hoy?
 - ¿Qué sería, para ti, sentirte “recibido por completo” hoy, sin necesitar llegar tan lejos como otro?
-



CAPÍTULO 5

La tierra vuelve a dar fruto, aunque los años no vuelvan

Este es el capítulo más difícil del libro, y quiero decírtelo así, de entrada, sin adornarlo.

Anthony Ray Hinton fue arrestado en 1985 en Alabama, acusado de dos asesinatos con base casi exclusiva en que un revólver hallado en casa de su madre coincidía, según un perito estatal, con el arma de los crímenes. Fue condenado a muerte y pasó treinta años —la cifra oficial de la organización que finalmente lo defendió— en una celda de metro y medio por dos metros y medio, en el corredor de la muerte de la prisión de Holman. Mientras estaba preso, su madre, Beulah, murió. No le permitieron asistir al funeral. Él mismo dijo después que esa llamada le dolió más que cualquiera de los rechazos judiciales que había acumulado durante años.

En 2014, con el respaldo legal de la organización Equal Justice Initiative, la Corte Suprema de Estados Unidos revocó por unanimidad su condena, por asistencia legal inadecuada en el juicio original. Alabama retiró los cargos. Hinton salió libre el 3 de abril de 2015. Sus primeras palabras al cruzar la puerta fueron: “El sol sí brilla.” Entre sus primeras visitas de hombre libre estuvo la tumba de su madre.

Escribió unas memorias que se volvieron éxito internacional, y en una entrevista resumió, mejor que cualquier cosa que yo pudiera escribir aquí, lo que este último capítulo necesita decir sin suavizarlo: “Se llevaron mis treinta, mis cuarenta, mis cincuenta — pero lo que no pudieron llevarse fue mi alegría.”

Quiero que te quedes con la primera mitad de esa frase tanto como con la segunda. Nada de lo que vino después —el libro, el reconocimiento, la película que contó su historia— le devolvió esos treinta años, ni la despedida de su madre que no pudo tener. Hinton mismo insiste en eso: los años no volvieron, y no hay manera de recuperarlos. Y al mismo tiempo, algo sí creció en el tiempo que le quedó: una voz pública que él nunca pidió tener que ganarse de esa forma. Las dos cosas son verdad al mismo tiempo. Ninguna borra a la otra.

Hay un libro profético breve, escrito después de una plaga de langostas que devastó de verdad las cosechas de un pueblo entero, que sostiene exactamente esta misma tensión. El profeta llama primero al pueblo a un duelo sincero —“rásguense el corazón”, ayuno, llanto colectivo— y solo después de ese duelo llega la respuesta:

“Entonces el SEÑOR mostró amor por su tierra y perdonó a su pueblo. [...] Yo les compensaré a ustedes por los años en que todo lo devoró ese gran ejército de langostas que envié contra ustedes: las grandes, las pequeñas, las larvas y las orugas. Ustedes comerán en abundancia, hasta saciarse, y alabarán el nombre del SEÑOR su Dios, que hará maravillas por ustedes. ¡Nunca más será avergonzado mi pueblo!” (Joel 2:18-19,25-26, NVI)

Este es el versículo con el que más cuidado hay que tener de todo el libro, porque “yo les compensaré los años” se presta casi perfectamente a una lectura que quiero desmontar aquí mismo, con toda la claridad que pueda: **el texto no dice que los años vuelvan**. La langosta ya se comió esas cosechas concretas; ese hecho no se deshace, ni en el texto ni en tu vida.

Lo que Dios promete no es el retorno del pasado —no es que el hijo que no llegó, llegue; no es que el matrimonio que se rompió, se rearme igual; no es que los treinta años de Hinton, o los que tú sientas perdidos, reaparezcan— sino que la tierra, la que queda, la de ahora, puede volver a dar grano, vino, aceite: fruto nuevo, en el tiempo que resta, no la devolución del tiempo que ya pasó.

Es una distinción que importa más de lo que parece a primera lectura. Porque si confundes las dos cosas, y esperas que la vida te devuelva literalmente lo que perdiste, vas a pasarte el resto de tus años esperando algo que ni este texto, ni ningún otro, promete. Pero si entiendes la distinción, algo se abre: no tienes que esperar a que vuelvan los años de Hinton con su madre, ni los tuyos con quien sea que hayas perdido, para que valga la pena sembrar algo hoy, en la tierra que sí tienes.

SI LO QUE ACABAS DE LEER SE PARECE DEMASIADO A LO QUE
SIENTES

Este libro trata temas que pueden remover algo hondo, y quiero decirte esto con toda la seriedad que merece, no de pasada. Sentir tristeza al comparar la vida soñada con la vivida, nostalgia intensa, rabia con decisiones del pasado, ganas de llorar sin motivo aparente al recordar una etapa concreta — todo eso es esperable en este tema, y no es, por sí solo, una señal de alarma.

Pero si la tristeza o el vacío se mantienen la mayor parte del día, casi todos los días, durante dos semanas o más; si perdiste el interés en casi todo, incluida la familia o la fe misma; si notas cambios fuertes en el sueño o el apetito; si sientes un cansancio que no mejora ni descansando; si te persigue una culpa desproporcionada por decisiones del pasado que no cede con el tiempo ni con la conversación — eso ya no es tristeza por el paso del tiempo. Es depresión, y necesita ayuda profesional, no solo un libro.

Quiero decirte algo específico, porque este libro está escrito también, y en buena parte, para hombres de tu edad: la depresión en los hombres no siempre se ve como tristeza o llanto. Muchas veces se ve como irritabilidad, enojo repentino, aislamiento de la familia y los amigos, un aumento notorio en el consumo de alcohol, o lanzarse a trabajar sin parar para no sentir nada más.

Por eso, en este rango de edad, el riesgo de conducta suicida en hombres es más alto que en casi cualquier otro grupo, y muchas veces pasa desapercibido justamente porque no se parece a lo que se espera ver en alguien “deprimido”. Si algo de esto te suena conocido, o si en algún momento han aparecido pensamientos de morir, de desaparecer, de que “los demás estarían mejor sin ti” — con o sin un plan concreto — no esperes a sentirte peor para pedir ayuda. Puedes pedirla antes: un psicólogo, un médico, los servicios de emergencia de tu país o una línea de prevención del suicidio local. Buscar esa ayuda no es falta de fe. Es exactamente el tipo de cuidado que este libro, y quien te lo escribió, quiere para ti.

La oración, la lectura de estas páginas, tener más fe: nada de eso reemplaza ese cuidado cuando hace falta. Puede acompañarlo. No puede sustituirlo.

Cierro este capítulo, y con él la parte central del libro, con lo único que puedo ofrecerte con honestidad: no la promesa de que tus años vuelvan, sino la certeza de que la tierra que te queda, hoy, todavía puede recibir semilla.

La langosta se comió esos años. Lo que Dios promete no es devolverlos: es que la tierra, después del duelo, puede volver a dar algo.

LA PALABRA

Joel 2:18-19,25-26 (NVI)

PARA PENSAR, SIN APURO

- ¿Qué años sientes que la langosta se comió, y qué se sentiría empezar a dejar de pedir que regresen?
 - Sabiendo que esos años no vuelven, ¿qué te gustaría sembrar hoy, aunque no llegues a ver el árbol completo?
-

Un paso: cinco minutos, una semilla, sin garantía de árbol

No te voy a pedir que te reinventes. Ya te dije desde el prólogo que este libro no promete eso, y sostenerlo aquí, al final, es más importante que en cualquier otra página.

Te voy a pedir algo más pequeño, para hoy, o para esta semana si hoy no puedes:

-  Piensa en una sola cosa —pequeña, concreta, que quepa en media hora— que llevas tiempo postergando. No un giro de vida entero. Un mensaje que no has enviado, una llamada que debes devolver, media hora dedicada a algo que dejaste a un lado hace veinte años sin necesidad de convertirlo en una nueva carrera.
-  Hazla esta semana, sabiendo de antemano que no va a “arreglar” lo que sientes que perdiste. No es una cura. Es una semilla.



Cuando la hagas, no le pidas que crezca rápido, ni que crezca del todo, ni siquiera que la veas crecer. Solo dila hecha: “hoy sembré esto”, y déjala ahí.

No es una fórmula. No garantiza que te sientas mejor mañana. Solo es, como el paso de Gogo Sitienei hacia su pupitre a los noventa años, algo real hecho hoy, sin necesitar la certeza del resultado para que valga la pena.

Y si notas que ese “algo pequeño” se te hace imposible incluso de intentar —si el peso que cargas es mayor que lo que este libro puede sostener contigo— vuelve al capítulo 5. Ahí está, otra vez, el mismo permiso: pedir ayuda no es rendirte. Es parte de seguir sembrando.

Palabra de cierre

Quiero terminar con algo parecido a una bendición, aunque sé que a esta hora de la noche las bendiciones a veces suenan más lejanas que otras cosas.

Que el Eterno te enseñe, como al salmista, a contar bien los días que te quedan, sin exigirte que sean muchos para que cuenten. Que, como a Qohelet, te deje sembrar sin la garantía de ver el fruto, y que “desistir” de lo que ya no es tu tiempo no se sienta, de aquí en adelante, como fracaso. Que si alguna vez te llega un llamado tardío, como a Moisés, lo tomes en serio aunque llegue con toda la duda del mundo —y que si no te llega, como no le llegó a Jerrie Cobb, encuentres de todos modos algo propio que valga por sí mismo, no como consuelo. Que te sepas recibido por entero, como al último obrero de la viña, sin necesitar llegar tan lejos como quien empezó temprano. Y que, sabiendo que los años que se fueron no vuelven, encuentres en la tierra que te queda algo, aunque sea pequeño, que todavía valga la pena sembrar.

No sé qué va a crecer de lo que siembres. Nadie que sea honesto contigo podría decírtelo. Pero puedo decirte esto: sembrar hoy, sin la garantía del árbol, ya es un acto de una fe más honesta que cualquier promesa fácil que hayas escuchado antes.

Oración

PARA REZARLA DESPACIO, EN VOZ ALTA SI PUEDES

La tierra que me queda



*Eterno,
son otra vez las tres de la mañana, y otra vez hice la
cuenta:
cuántos años se fueron, cuántos me quedan
probablemente,
y si vale la pena empezar algo con los que quedan.*

*No vengo a pedirte que me devuelvas lo que ya se fue.
Sé, aunque me duela saberlo, que hay puertas que de
verdad se cerraron,
años que la langosta ya se comió y no van a regresar
por más que yo insista.*



*No te pido tampoco que me digas que no importa,
porque sí importa, y fingir que no me pesa sería
mentirte a ti primero.*

*Te pido esto, que es más pequeño y más honesto:
enséñame a contar bien los días que me quedan.
Dame algo, aunque sea diminuto, que valga la pena
sembrar hoy,
sin exigirme ver el árbol para que la siembra tenga
sentido.*

*Y si esta noche lo que siento se me hace más grande
de lo que puedo cargar solo,
recuérdame pedir ayuda como quien pide agua: sin
vergüenza, a tiempo.*

***Confirma en mí la obra de mis manos,
aunque sean manos que empiezan tarde.***

Antes de cerrar el libro

Hemos caminado juntos por cinco historias: un escritor que calculó, sabiendo que se le acababa el tiempo, cómo sostener a su familia después de morir; una abuela keniana que se sentó a los noventa años entre sus propios tataranietos a aprender lo que nunca pudo de niña; dos mujeres que pasaron la misma prueba el mismo año, y sesenta años después a una la llamaron al espacio y a la otra no; un hombre que se graduó de la universidad a los noventa y siete años con los mismos honores que cualquier compañero de veinte; y un hombre a quien le robaron treinta años de vida por una injusticia que no cometió, y que perdió para siempre la despedida de su madre.

No todas terminan igual. Te lo dije al principio y te lo repito ahora: ninguna de estas historias te dice cómo va a terminar la tuya. Lo que sí muestran, cada una desde su propio ángulo, es que se puede seguir sembrando —con la puerta cerrada, con el llamado que no llegó, con los años que no vuelven— y que esa siembra ya vale, aunque no alcances a ver el árbol completo.

De todo lo que has hecho en tu vida, ¿cuál es la cosa más pequeña que más te enorgullece?



**Con todo mi cariño, pensando en ti y en lo que
todavía puedes sembrar,
José.**

Bibliografía y fuentes

Nada de lo que leíste aquí es inventado. Cada palabra antigua y cada historia tiene su origen, y aquí está, por si algo te movió y quieres ir a la fuente.

Los escritos

Todas las citas provienen de la **Nueva Versión Internacional (NVI)**, © Biblica, Inc., verificadas contra el texto oficial y léidas completas en su contexto histórico-literario antes de citarlas.

- Salmo 90:1-12 — contar bien los días, sin falsa positividad
- Eclesiastés 3:1-11,22 — hay un tiempo para todo, y nadie ve lo que vendrá después de él
- Éxodo 3:1-12 — el llamado a los ochenta años
- Mateo 20:1-16 — los obreros de la última hora
- Joel 2:18-19,25-26 — la tierra vuelve a dar fruto, aunque los años no vuelvan

*Siguiendo la validación teológica del equipo editorial, este libro decidió **no** usar Job 42:10-17 (la restitución al doble), Jeremías 29:11, Isaías 40:29-31, Filipenses 3:13-14, Gálatas 6:9 ni Isaías 61:7. En un tema como este, todos ellos se prestan a leerse como una promesa de que lo perdido será devuelto — que es justamente lo que el libro no puede prometer. Se dejaron fuera a propósito.*

Las historias

- Roberto Bolaño — sobre sus últimos años y su muerte en 2003, a los cincuenta, esperando un trasplante que no llegó. Entrevistas y perfiles publicados en vida; obituarios de *El País* (2003).
- Priscilla Sitienei “Gogo” — keniana que entró a la escuela primaria cerca de los noventa años. BBC News (2015); obituarios de 2022.
- Wally Funk y Jerrie Cobb — las pruebas de 1961, el vuelo de Funk en 2021 y la muerte de Cobb en 2019 sin haber volado nunca. NASA History Office; NPR; *The New York Times*.

- Giuseppe Paternò — matriculado a los noventa y cuatro años, graduado con honores en 2020 y 2022. AGI; Universidad de Palermo; Fanpage.it.
- Anthony Ray Hinton — treinta años en el corredor de la muerte de Alabama por una condena injusta, liberado en 2015. Equal Justice Initiative; NBC News (2015); *The Sun Does Shine* (2018).

Una nota honesta

Las historias de este libro involucran a personas reales, contadas a partir de hechos documentados y verificados contra fuentes primarias y periodismo confiable antes de esta edición. Deliberadamente, no todas terminan como sus protagonistas soñaban. Eso no es un descuido: es, precisamente, lo que este libro necesitaba mostrar sobre empezar tarde — que vale la pena sembrar, incluso cuando no hay certeza de la cosecha.

FIN DEL LIBRO — VOLVER A EMPEZAR TARDE

*“Un libro nuevo cada semana, para la luz que
todavía no terminas de apagar.”*

Si algo en este libro te movió, no lo guardes solo para ti: compártelo con quien hoy, a esta misma hora, está haciendo la misma cuenta que tú.

Este libro es un regalo, y es tuyo. Descárgalo, compártelo, regálalo a quien hoy lo necesite: es gratis, y siempre lo será.

Somos un grupo sin ánimo de lucro. Únete a nuestra comunidad y síguenos para recibir cada libro nuevo. Cualquier ayuda cuenta y nos importa: cada vez que compartes este libro, y cada donación — dinero, alimentos o ropa— nos ayuda a crecer y a llevar este mensaje a más personas.

godlives.co

Si lo que leíste aquí tocó algo profundo y sientes que necesitas hablar con alguien, escríbenos a través de la web: hay personas reales dispuestas a escucharte, sin ningún costo.

Godlives · Escrito por José Martínez · godlives.co